

se retirase del Samnio.» En este año, encontrando el ejército romano al atravesar el Samnio disposiciones pacíficas en todas partes y sumo apresuramiento en suministrarle víveres, se renovó el antiguo tratado con los samnitas. Los romanos volvieron en seguida sus armas contra los equos, sus antiguos enemigos, pero que habían permanecido tranquilos durante muchos años bajo la apariencia de una paz engañosa. Mientras los hérnicos conservaron su independencia, no habían cesado, de acuerdo con ellos, de socorrer á los samnitas; y después de la sujeción de los hérnicos, casi la nación entera, sin tratar de disimular una resolución tomada abiertamente, pasó á los enemigos. Cuando los faciales, después de concluído el tratado de Roma con los samnitas, fueron á pedirles satisfacción, dijeron: «Que se les tendía un lazo para que el temor de la guerra les obligase á hacerse romanos; que los hérnicos habían hecho ver lo apetecible que era aquel título, puesto que aquellos á quienes se había dejado la libertad habían preferido sus leyes al derecho de ciudadanía romana, y que aquellos que no habían podido elegir lo que querían, considerarían siempre como castigo un título impuesto por la fuerza.» Por estas ofensivas palabras, dichas públicamente en sus asambleas, el pueblo romano mandó declarar la guerra á los equos. Los dos cónsules, marchando para hacerla, se situaron á cuatro millas de su campamento. El ejército de los equos, que desde muchos años no había guerreado por su propia cuenta, parecía levantado apresuradamente, sin jefes, sin disciplina, entregado á la confusión y al desorden. Unos quieren que se marche al combate, otros que se defiendan el campamento; la mayor parte piensan en sus tierras que van á ser taladas y en sus ciudades donde solamente han dejado débiles guarniciones, y cuya ruina es segura. Así, pues, cuando entre considerable

número de opiniones se propuso una que, sacrificando el provecho común, inclinaba todos los ánimos al interés particular, y que consistía en salir del campamento á la primera vigilia cada uno por su lado, para trasladarlo todo á las ciudades y defenderse en ellas detrás de las murallas, todos la adoptaron con singular apresuramiento. Mientras los enemigos se dispersaban por los campos, los romanos salen de su campamento al amanecer y se forman en batalla; y como nadie avanzaba á su encuentro, marchan apresuradamente al campamento enemigo; pero allí, no viendo guardias delante de las puertas ni un hombre en los parapetos, se detienen temiendo una emboscada. Atravesando en seguida las empalizadas y encontrándolo todo abandonado, se ponen en seguimiento del enemigo; pero como se habían dispersado por todos lados, consiguieron despistar al pronto á los romanos, quienes supieron en seguida por sus exploradores el partido que había tomado el enemigo; y entonces, llevando sucesivamente la guerra de una plaza á otra, y en el espacio de cincuenta días, tomaron cuarenta y una plazas, arrasando é incendiando la mayor parte de ellas, de tal manera que casi quedó completamente abolido el nombre de los equos. Triunfóse de los equos, y su desastre sirvió de ejemplo á los marrucinos, los marsos, los pelignos y los frentanos, quienes enviaron legados á Roma pidiendo paz y amistad. A estos pueblos se concedió la alianza que solicitaban.

En este mismo año, el escriba Cn. Flavio, hijo de Cn., nieto del liberto, nacido en humilde fortuna, pero astuto y elocuente, llegó á la edilidad curul. Veo en algunos anales, que sirviendo de aparitor á los ediles, viendo que la primera tribu le nombraba edil y que no se quería aceptar su nombre á causa de su humilde profesión de escriba, dejó las tablillas y juró que no volvería



á cogerlas; Licinio Macer dice que había renunciado algún tiempo antes la profesión, y se funda en que Flavio había sido tribuno antes y nombrado para dos triunviratos, el nocturno (1) y el de las colonias. Por lo demás (y en esto no hay discrepancia), siempre discutió de igual á igual con los nobles que despreciaban su humilde nacimiento. Divulgó las fórmulas de la jurisprudencia (2) ocultas hasta entonces, como en el fondo de un santuario, en manos de los pontífices; hizo fijar en el Foro la lista de los días fastos para que se supiese cuándo se podía litigar; dedicó á la Concordia (3) un templo construído sobre el solar del de Vulcano, cosa que sublevó la indignación de los nobles; y el pontífice Máximo Cornelio Barbato se vió obligado, por decisión unánime del pueblo, á dictarle las fórmulas sagradas, aunque protestaba que, según las costumbres antiguas, la dedicación de templos solamente podían hacerla cónsules ó generales. Esta fué la razón de que se presentase por autoridad del Senado una ley para que nadie pudiese dedicar templo ni altar sin orden del Senado ó de la mayor parte de los tribunos del pueblo. Referiré una cosa poco importante en sí misma si no mostrase la soberbia que oponía el pueblo al orgullo de los nobles. Flavio había ido á visitar á su colega, que estaba enfermo, y cierto número de jóvenes se pusieron de acuerdo para que nadie se levantase al entrar Flavio. Man-

(1) Los triunviros nocturnos rondaban por la ciudad para impedir los incendios y los robos.

(2) No divulgó todo el sistema del derecho romano, sino solamente las fórmulas de que habían de servirse en las *legis actiones*, y la designación de los días *fastos*, en los que permitía la religión administrar justicia. Antes de Flavio solamente por la designación de los pontífices se conocían estos días.

(3) Había hecho voto de elevar un templo á la Concordia en el caso de que pudiera restablecer la buena armonía entre los partidos opuestos.

dó éste traer su silla curul, y desde el asiento de su dignidad contempló el despecho y la confusión de sus enemigos. Por lo demás, Flavio había sido nombrado edil por el partido del Foro, robustecido bajo la dictadura de Apio, quien había degradado primeramente al Senado introduciendo nietos de libertos. Como nadie tuvo en cuenta estas elecciones, privado Apio de la influencia que había creído conseguir en el Senado, corrompió el Foro y el Campo de Marte, distribuyendo la ínfima plebe en todas las tribus; y tal indignación excitaron los comicios en que fué nombrado Flavio, que la mayor parte de los nobles se despojaron de sus anillos de oro y de sus collares (1). Desde entonces quedó Roma dividida en dos partidos: formado uno de hombres honrados, adherido á los buenos ciudadanos y queriendo llevarlos á las magistraturas; el otro, de la facción del Foro. Este estado de cosas perseveró hasta la censura de P. Decio y de Q. Fabio, el cual, queriendo restablecer la concordia é impedir que los comicios quedasen en manos del populacho, sacó aquella hez del Foro y la arrojó á las cuatro tribus, que llamó urbanas (2). Según se refiere, con tanto agrado se recibió esta sabia operación, que el epíteto de Máximo, que no pudo conseguir con tantas victorias, fué el premio de aquel feliz restablecimiento del equilibrio entre los órdenes. Dícese que también estableció en favor de los caballeros la fiesta ecuestre de los idus de Julio.

(1) Algunos intérpretes de los más modernos atribuyen á los caballeros las *phalerae*, que antes solamente se daban á los caballos.

(2) Conócense las tribus urbanas de Servio Tulio; por consiguiente, la operación de Fabio no fué cosa nueva, sino el restablecimiento del orden, turbado por el censor Apio.